

Apelando a figuras como las de Fernando González, otro iconoclasta, y oscilando en ese terreno que va de la fascinación por el lumpen al rechazo de las facciosas sectas de la intelectualidad marxista, la novela termina por armarse en torno a un yo espasmódico. Al quien que bien puede desecharse con rabia lo que fue como expresar, con el mismo lirismo con que Barba Jacob anumeró a sus muchachos casados con la muerte, sus apetitos.

El texto, ardiente exorcismo, culmina con un rechazo a la figura de Bolívar. La violencia de sus páginas presagia una Colombia en la cual las masacres llegaron a ser demasiado cotidianas y la impersonalidad de las cifras no dejaba de resultar estremecedora: según datos del Centro de Investigación de la Policía Nacional en el primer trimestre de 1991 hubo 5.503 homicidios, 537 secuestros y 397 actos terroristas. El balance resultaba desolador también dentro del propio texto de la novela:

¿Y que veo? Que los bosques ya los talaron, los ríos ya se secan, las montañas no eran arables y la capa vegetal de los inmensos llanos era tan misera, tan ínfima, tan mínima que daba, si acaso, lástima y para alimentar matorrales y culebras. Sueño de ingenuo, ilusión de pobre, Colombia nada tiene: sólo el partido conservador y el liberal, o sea: tampoco tiene futuro. Pero Colombia, que nada tiene, es lo único que tenemos. ¿No es un consuelo? (pág. 172).

El cierre de horizonte y la clausura de falsas expectativas es, quizás, un alivio: termina por enfrentar a los seres con ellos mismos. Quizás sea esta la razón que lleva a otros jóvenes como Elena y J. a dejar Envisgado e irse a Turbo, en una de las más logradas novelas recientes: *Primero estaba el mar* (1983), de Tomás González (1950), sobrino del mencionado filósofo de «Otra parte»: Fernando González.

Terminarán en una playa remota queriendo, en vano, poner a funcionar una ganadería, un sembradío, una tienda o un aserradero, pero nada de ello tiene dimensiones míticas. Son apenas ocupaciones a las que se entregan, con fervor primero, con desinterés luego, mientras su relación personal se deteriora, en el laconismo de unos diálogos perfectos. Pero lo singular no es tanto ello, sino el saber, desde el comienzo del mismo y en forma progresiva, que estos serán los últimos días de un hombre. Que sus reflexiones sobre el mar o las palmas, y su vitalismo anti-intelectualista, no es un programa. Es la sencillez inmediata de la vida misma en contrapunto

con su anterior aturdimiento estruendoso. En la elementalidad aparente de sus relaciones con seres tan complejos como él mismo.

«Esa mezcla de literato, anarquista, izquierdista, negociante, colono, hippie y bohemio no tenía ningún chico de sobrevivir. Mucho que haya llegado a los treinta y cuatro años a que llegó» (pág. 68), escribirá un correspondiente amigo, pero la brevedad de su existencia, como la del libro mismo, no es por ello menos intensa, y su sobriedad no carece, en ningún momento, de una eficaz poesía: la misma de *El coronel no tiene quien le escriba*, o la que logró Luis Fayad (1945) en *Los parientes de Ester* (1978). La parábola de un hombre, a la vez sensible y consciente, «que cada vez llegaba a sitios en que se encontraba más solo y se hacía más vulnerable y libre» (pág. 100). En el cual cariño y lejanía conviven, y que asume su soledad final como la carga y el alivio que, en definitiva, es. Por ello se opone, y se resigna luego a que Elena cerque un pedazo de playa, celosa de su intimidad: el paraíso, si existe, está en uno mismo:

Venia huyendo de cierta racionalidad oprobiosa, esterilizadora, como la galosina, el arribismo y el asfalto. Por eso, precisamente, odiaba el cerco de Elena, pues era la caricatura de una caricatura, una lamentable muestra de lo que puede llegar a ser la actividad humana; por eso se exasperaba cuando cortaban mal la madera, porque era como doblar innecesariamente una locura —la muerte del árbol— sumergiéndolo a él en un torbellino ridículo de insensatez y muerte. Cuando se perdía un animal no se ofuscaba tanto por la plata que valía, y sólo en menor medida, porque la finca, como negocio, no avanzara; sencillamente, soñó alguna vez con tener los potreros llenos de ganado saludable, un sueño natural, al fin y al cabo, de querer que las cosas crezcan y se multipliquen (págs. 96-97).

Mujeres y diplomacia

Rafael H. Moreno Durán (1946) publicó en esta década una trilogía titulada «Femina Suite», compuesta por tres novelas: *Juego de damas* (1977), *El toque de diana* (1981) y *Finale capriccioso con Madonna* (1983), en las cuales una prosa enrarecida por lo intelectual, profana y a la vez exalta a la mujer, cuestionándola en su ascenso social a través del sexo y motivándola en el hermetismo de su cuerpo. Juega con las categorías de «Matriarcas», «Mandarinas» o «Meninas», o utilice combativas metáforas guerreras, para la interminable batalla de los se-

xos, siempre hay en ellas una inteligente acumulación verbal que satura el tema hasta el exceso, trátase de los salones galantes-literarios, de la estrategia militar o de la arquitectura con connotaciones simbólicas. También se da allí una parodia culta que si en Antonio Caballero proviene de su admiración por Navokob, en Moreno Durán recuerda su interés por narradores como Musil.

Luego, con *Los felinos del Canciller* (1987), Moreno Durán dirige sus dardos hacia la diplomacia, contando los avatares de tres miembros de una misma familia, los Barahona, que usufructúan, a lo largo del tiempo, cargos en el exterior, uniendo política con filología y legalidad jurídica con hablar bien. El tan vapuleado mito de la Atenas Suramericana se trueca en un irónico «apenas sudamericana», mientras intrigas y maniobras cubren el período que va desde los presidentes gramáticos hasta el año de 1949, en Nueva York. El paso de los tecnicismos griegos a la pedestre oralidad como lo ha señalado Raymond Williams, hace que algunas de las dificultades de lectura de la anterior trilogía queden reemplazadas por:

Humor e ingenio, y el lenguaje, en cambio de constituirse en muralla a la comprensión, es utilizado sutilmente por Moreno Durán como vehículo del humor.

En camino largo hay desquite: Manuel Mejía Vallejo

Nacido en 1923, Mejía Vallejo ha publicado 15 libros antes de *La Casa de las dos Palmas* (1988), la novela con la que obtuvo el premio Rómulo Gallegos. Retorna en ella a esa región del suroeste antioqueño, en límites con el Choco, donde situó su primera obra: *La tierra éramos nosotros* (1945), y en ese territorio cruzado por el río San Juan y circundado por los farallones del Citara, vuelve a contarnos sus historias de fatalidad familiar. Pueblos reales como Jericó y Jardín se han convertido en su mítico Balandú y allí una maldición ancestral marca, con su látigo de fuego, a seres recios y perfilados con fuerza: una ciega, un patriarca erguido que vive con al amante de su hijo, una mujer encadenada a causa de los celos, un sacerdote, un tallador de madera. Pero ahora el largo recorrido vital de Mejía Vallejo puebla el recuerdo con la copla y la música, con su capacidad para transfi-

gurar la voz de la naturaleza y asimilar, potenciados, los elementos de la cultura popular. También por una sabiduría escueta y proverbial, que concentran la anécdotas en sentencias incontrovertibles: «nadie más se merece la muerte de uno».

Esos pueblos llenos de vecinos obligarán a edificar su paraíso, allí en el páramo, con relentes incestuosos, a un hombre que se apresta a morir entre los caídos signos de su perdido esplendor. Final de una saga creativa y de una fidelidad irrevocable por una región que ha seguido en sus transformaciones dolorosas, de *El día señalado* (1964) a *Aire de tango* (1973), Fernando Cruz Kronfly ha resumido así sus méritos:

Mejía Vallejo, con esta novela realmente sorprendente y profunda, donde se observa un trabajo literario de orfebre y sensible al extremo, hasta el más insignificante detalle, cierra en nuestro país un tipo de literatura. Y lo cierra en un doble sentido: final predominio de la naturaleza en su relación de conflicto con la racionalidad tecnológica y personal ajuste de cuentas con los antecedentes incluso personales mediante un esfuerzo de totalización frente a la memoria personal y nacional que sobrecoge. La historia de Efrén Herreros, de su estirpe, es, al mismo tiempo, la historia de Efrén Herreros, de su estirpe, es al mismo tiempo la historia de una cultura que se levanta radical y contestataria respecto del poder del confesionario. Un pensamiento radical en extinción, que un día quiso fundar en nuestro medio una república secular y moderna, pero fracasó después de los triunfos políticos, económicos y culturales de la gran hacienda.

(A propósito de *La casa de las dos palmas*, en el volumen colectivo *La tierra soy yo*, Fundación Tierra de Promisión, 1990, págs. 115-116.*

Juan Gustavo Cobo Borda

* Las notas anteriores, mediante algunos pocos ejemplos, buscan mostrar tendencias de la novela colombiana en la última década.

Un panorama general puede encontrarse en el libro de Alvaro Pineda Botero: *Del mito a la posmodernidad. La novela colombiana de finales del siglo XX*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1990. 212 págs. y en el libro de Raymond Williams sobre la novela en Colombia, 1884-1987, que Tercer Mundo publicará en su versión española.



Colección Colombina
Dirigida por Juan Manzano Manzano

TITULO	P.V.P.	P.V.P. + IVA
LOS PINZONES Juan Manzano Manzano 3 tomos. 1988. 1.800 páginas. Cartoné.	12.000	13.320
COLON, SIETE AÑOS DE VIDA Juan Manzano 1919. 612 páginas. Cartoné.	5.000	5.300
COLON Y SU SECRETO Juan Manzano 1989. 990 páginas. Cartoné.	6.000	6.360

EN PRENSA:

DIEGO COLON
Luis Arranz
2 tomos

Historia de la Medicina

TITULO	P.V.P.	P.V.P. + IVA
EL LIBRO DE MEDICINAS CASERAS DE FRAY BLAS DE LA MADRE DE DIOS Manila, 1611 Francisco Guerra y María del Carmen Sánchez Téllez 1984. 242 páginas. Rústica.	950	1.007

Edita:

AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACION INTERNACIONAL

Ediciones Cultura Hispánica
Avda. de los Reyes Católicos, 4. 28040 MADRID
Tel. 583 83 08